

wissenschaft" ("Introducción a la linguística románica"; hay traducción española, por Américo Castro, de la primera y de la tercera edición alemanas), la tarea de "reconstruirlo", basándose en las lenguas romances, consideradas precisamente, como fases actuales del "latín vulgar". De todos modos, se siguió pensando en una lengua más o menos homogénea, considerando que, por lo menos durante cierto tiempo, el continuo intercambio entre las provincias debió asegurar cierta unidad a la lengua hablada en todo el territorio romanizado del Imperio.

Ese concepto que, en su esencia, es todavía el de Diez, es el que constituye la razón y la base de nuestros manuales de "latín vulgar", como, "An Introduction to Vulgar Latin" de C. H. Grandgent (hay traducción española: "Introducción al estudio del latín vulgar", Madrid, 1929) y hasta el más reciente "Avviamento allo studio del latino volgare" de Carlo Battisti (Bari, 1949) que, justamente, define el latín vulgar como el latín hablado por las clases medias en la época imperial.

Un concepto distinto, casi de un grado intermedio entre el latín clásico o literario y el latín vulgar o del pueblo, es el que se delinea en la "Lateinische Umgangssprache" de J. B. Hofmann, el cual opone a lengua docta o escrita la "lengua de la conversación diaria", la lengua oral o corrientemente hablada, distinguiendo de esa manera un "latín corriente", lengua del uso diario, análogo al italiano corriente, ("Italienische Umgangssprache") estudiado y descripto por Spitzer o al español corriente ("Spanische Umgangssprache") estudiado por Werner Beinhauer; en ese caso, más bien que de "lenguas" distintas regional o socialmente se trata de estilos, de "lenguas" diferenciadas estilísticamente (particularmente por el grado de expresividad o afectividad), de "lenguas-estilo" (Stilsprachen).

Otro concepto distinto es el que aparece en el ensayo de K. Vossler, "Neue Denkformen im Vulgarlatein" ("Nuevas formas del pensar en el latín vulgar"), en el cual se opone al latín clásico literario un latín vulgar distinto no sólo cronológicamente y socialmente sino también íntimamente, por la distinta visión del mundo y el distinto espíritu que en él se expresan.

Éstos y otros estudios han contribuido a modificar, ampliar y volver menos rígido el concepto de "latín vulgar", al mismo tiempo que los adelantos teóricos de la lingüística general (debidos, en buena parte a la misma lingüística romance) llevaban a una profunda modificación del concepto de lengua y a nuevas concepciones acerca de la reconstrucción y de la continuidad histórica de una lengua.

En primer lugar, la "lengua" no se considera más hoy como algo concretamente objetivo, casi como un organismo con vida propia que existiera fuera de los hablantes e independientemente de su actividad lingüística. El lenguaje es creación individual, es continuo movimiento, y su única realidad concreta es la de los actos lingüísticos individuales, sobre cuya base, justamente, se estructura como abstracción, como "sistema de isoglosas" (cf. Pisani) el concepto de lengua. Los límites de una "lengua" glotológicamente constituida, de un sistema de isoglosas, son, pues, convencionales: dependen de las isoglosas con extensión máxima que se consideren. Por consiguiente, aun refiriéndonos a un solo momento histórico, podemos tomar en consideración ciertas isoglosas de amplitud máxima y considerar como una "lengua" todo el latín (incluyendo el latín literario y el popular, el escrito y el hablado, el docto y el corriente, etc.), o considerar, en cambio, otras isoglosas de amplitud menor y distinguir dentro del mismo latín varias "lenguas" (cada una de las cuales, naturalmente, presentará ciertas isoglosas específicas, pero, al mismo tiempo, también varias isoglosas en común con las demás "lenguas" pertenecientes al mismo sistema). La extensión del concepto de "latín vulgar" dependerá, por lo tanto, de los límites convencionales que se le impongan, pero varios fenómenos que quedarán dentro de tales límites pertenecerán también a otras "formas" de latín (por ej. al llamado "latín clásico").

En segundo lugar, ya no se piensa más en lenguas unitarias y perfectamente homogéneas: la unidad de una lengua es dada por las isoglosas de amplitud máxima que la constituyen, pero dentro de esas pueden siempre constituirse sistemas menores, todavía más unitarios. No hay lenguas no diferenciadas: el mismo indoeuropeo común, prototipo de las "lenguas" reconstruidas, no era, según indicó Meillet, sino un

conjunto de dialectos que, además, aparecían diferenciados socialmente.

En tercer lugar, hoy ya no se consideran los resultados de la reconstrucción lingüística como fenómenos históricamente concretos y simultáneos y, sobre todo, no se identifica la "lengua" reconstruida con la totalidad de una lengua hablada por una determinada comunidad en una época determinada.

La reconstrucción es ella misma una abstracción y contiene sólo aquellas formas que se continúan por las formas sucesivas consideradas y explican estas mismas formas: así, por ej., sobre la base de las grandes lenguas romances no podríamos reconstruir un lat. octo sino sólo un *oct- (la vocal final podría ser tanto o como u) y, por lo que concierne a septem sólo podríamos llegar a una forma *septe. Además, las formas reconstruidas de ninguna manera pueden considerarse como históricamente contemporáneas: mientras unas de ellas eran todavía comunes, otras podían ya haberse diferenciado y entre la diferenciación de las unas y de las otras puede haber una distancia de siglos: así, por ej., una forma como flores, reconstruida sobre la base de las lenguas romances occidentales y mantenida hasta la actualidad en español, es anterior a la forma septe, pues ya tenía ese aspecto cuando septe era todavía septem o septē (con vocal nasal). Por otra parte, en ciertas lenguas consideradas pueden mantenerse formas antiguas, mientras en otras las mismas formas siguen evolucionando: así, por ej., una forma como uito es común al portugués y al castellano antiguos, pero, mientras en portugués ella sigue siendo esencialmente idéntica, en castellano ha llegado a ser mucho. Las formas reconstruidas no constituyen, un sistema simultáneo sino un sistema fuera del tiempo; pero al mismo tiempo son formas reales porque representan estadios a través de los cuales cada una de las correspondientes formas actuales debe haber pasado en cierto momento de su historia. Así también, ellas no representan la totalidad de la lengua que se pretende reconstruir, sino sólo lo que de ella se ha conservado hasta el momento considerado, pues en la lengua reconstruida pueden haber existido otras formas perfectamente normales y corrientes que pueden haber

desaparecido luego sin dejar ninguna huella, así como en el español actual no se conservan verbos como exir o remanir, corrientes en español antiguo. Así, por ej., basándonos en las lenguas romances actuales solamente, si no fuera por el rumano y por alguna forma aislada conservada en las demás (topónimos) no podríamos reconstruir un genitivo desinencial latino, que fué sin embargo perfectamente corriente y popular en cierta época de la historia del latín y también del llamado "latín vulgar": la reconstrucción, pues, cambia según los elementos que se empleen como punto de partida.

Finalmente, la historia de las lenguas no se considera más como historia de conjuntos unitarios, sino como suma de las historias de las formas y palabras que constituyen las lenguas mismas. Además, los fenómenos fonéticos y gramaticales no se consideran más como generales y simultáneos en todo un territorio, dado que, como queda demostrado por la geografía lingüística, ellas se difunden con las palabras desde un centro que, en último análisis, es en cada caso un individuo creador o innovador. Por consiguiente, considerando las formas y las palabras en un territorio, encontraremos zonas en las que todavía se mantienen las antiguas y otras en las que ya se han difundido innovaciones. Justamente en este sentido interpreta y modifica el concepto de "latín vulgar" el lingüista italiano Matteo Bartoli ("Per la storia del latino volgare", Turín 1927): no se trata tanto de una distinción entre dos "lenguas" ("latín clásico" y "latín vulgar"), o de las diferencias que siempre existen entre la lengua literaria y la lengua hablada y que pueden haber existido desde la época más remota, pues la lengua literaria implica siempre cierta selección de formas y palabras, cierta unificación y codificación de la infinita variedad de lo hablado (en efecto ciertos fenómenos y formas ya corrientes en el latín arcaico y que tienen su continuación hasta las lenguas romances nunca entraron en el latín literario), como de formas más antiguas y más recientes, conservaciones e innovaciones.

La diferencia entre latín clásico y latín vulgar sería, pues, sobre todo, una diferencia cronológica, de edad de las formas; el latín clásico, constituido en sus comienzos por formas "vivas" (habladas

contendría un número cada vez mayor de conservaciones, de formas "muertas" (ya eliminadas de la lengua hablada), mientras el "latín vulgar" contendría un número cada vez mayor de innovaciones. Desde un punto de vista absoluto, un vocablo como pavor no sería ni más ni menos popular que metus, sino simplemente más nuevo en su empleo: metus era "popular" en la época en que se difundió en Iberia (esp. miedo), pero luego fué sustituido por pavor en Galia e Italia (peur, paura); y una palabra como pulcher fué "popular", "viva", hablada, en cierta época, pero luego "murió" - es decir que se eliminó de la lengua hablada-, conservándose sólo en la lengua escrita y sustituyéndose en el hablar corriente por formosus, conservado en Iberia y Dacia (esp. hermoso, rum. frumos) y sustituido a su vez en Galia e Italia por el más nuevo bellus (fr. beau, it. bello). Entre las mismas formas que se atribuyen al "latín vulgar" (en el sentido de que tienen su continuación en la lenguas romances) hay notables diferencias cronológicas: algunas son más recientes que otras; formas como formosus y bellus no pertenecen con el mismo título al latín vulgar: no podemos decir que al pulcher del latín clásico corresponden en el latín popular formosus y bellus sino sólo que, mientras en la lengua escrita se conservaba todavía la forma muerta pulcher, en la lengua corrientemente hablada ya se decía formosus y que luego éste fué a su vez eliminado, en ciertas regiones, por el aún más nuevo bellus. - Lo cual quiere decir que, según la época en la que se considere, el latín corriente o hablado aparece cada vez más distinto del latín literario, que prácticamente se detiene en su evolución en los últimos años de la República y los primeros años del Imperio, y, al mismo tiempo, aparece cada ^{vez} más diferenciado, abarca un número cada vez menor de isoglosas generales. Ahora, dado que el latín queda en un estado más bien arcaico (en comparación con las demás lenguas indoeuropeas) hasta el siglo I después de Cristo y luego empieza a evolucionar y a diferenciarse muy rápidamente, podemos comprobar que en cierta época (por ej., el siglo I a.C.) las isoglosas que diferencian el latín corriente del latín literario son de tan poca entidad y son tan importantes, en cambio, las isoglosas que las dos formas de latín tienen en común que, prácticamente, podemos hablar de una sola "lengua"; en una época sucesiva (siglos III-IV d.C.), las isoglosas diferenciadoras

aparecen ya más importantes y numerosas que las comunes: podemos por consiguiente hablar de dos "lenguas" distintas, el latín literario (o escrito, docto) y el latín corriente (hablado). Por otra parte, considerando ahora sólo el "latín corriente", podemos comprobar que hasta ese segundo momento, y también hasta algo más tarde (comienzos del siglo VI), las isoglosas generales que lo constituyen son lo suficiente numerosas y más importantes que las que, dentro del sistema más amplio, constituyen ya sistemas menores más o menos diferenciados, tanto que podemos considerar el mismo latín corriente como una lengua única; en cambio, en un momento sucesivo (siglos VI-VII d.d.C.) ese sistema ya resulta tan diferenciado internamente (es decir que ya las isoglosas que lo constituyen se vuelven menos numerosas y menos importantes que las que lo dividen en variedades regionales) que ya conviene considerar como "lenguas" los sistemas menores que de a poco se han diferenciado y han adquirido individualidad peculiar dentro del sistema mayor: los sistemas que llamamos "lenguas romances" o neolatinas.

Ahora, dado que, mientras el latín corriente o hablado coincidía en gran parte con el latín literario, no hablamos de dos "lenguas" sino de una lengua única, aunque, como todas las lenguas, variamente diferenciada, quiere decir que lo que en realidad oponemos no es el latín corriente, o hablado, al latín literario o escrito sino más bien el latín en evolución, y en continuo movimiento de diferenciación, al latín codificado, prácticamente detenido en su evolución en el siglo I a.C., al latín clásico.

Todas esas modificaciones del concepto de "latín vulgar" son, en cierta manera, modificaciones "desde afuera", debidas a los cambios registrados en la teoría y la metodología lingüística. Pero ellas coinciden con las modificaciones surgidas "desde adentro", del mismo análisis del concepto y de su aplicación en la gramática comparada de las lenguas romances.

Colocándonos ahora desde ese segundo punto de vista, debemos tener en cuenta varios factores:

- 1) Las diferencias dialectales en Italia, es decir, las dife-

ranancias dialectales entre el latín de la zona latina y el de la zona conquistada, entre el latín del Lacio y principalmente de Roma y el latín que se sobrepuso a los dialectos itálicos y a otros idiomas de varia procedencia, asimilándolos y eliminándolos pero también aceptando de ellos formas y palabras, o sea el latín sin substratos históricamente determinables y el latín con substratos conocidos en la época histórica, y también las diferencias dialectales dentro de la misma zona latina. Hay que tener en cuenta que el latín propiamente dicho era prácticamente la lengua de Roma, que en su misma región convivía con dialectos bastante distintos, aunque del mismo grupo (como el falisco), y que hasta las guerras sociales (90-89 a.C.) zonas muy vastas de Italia (Italia meridional) quedaban casi enteramente oscuras desde el punto de vista lingüístico. Las primeras inscripciones latinas revelan continuas oscilaciones entre el latín de Roma y otras formas dialectales "latinas" (o "latino-faliscas")^{así}, como entre el latín y los dialectos itálicos; y también una notable estratificación dialectal en varias zonas (cf. más arriba, la inscripción de la Fíbula prenestina). Sólo después de las guerras sociales el latín de las inscripciones aparece más unificado, más homogéneo.

2) La forma particular bajo la cual el latín se impuso fuera de Italia (y también en la Italia septentrional). El latín se impuso en las provincias ya como lengua común, no mezclado con otros dialectos de la zona latina y tampoco con dialectos itálicos (pero sí, con elementos dialectales, debidos al origen de los colonizadores). Sobre la base de esta comprobación, ciertos estudiosos consideran que hay que hacer una neta distinción entre Italia y los demás países romanizados. Así Mohl considera que, mientras por lo que concierne a Italia se puede hablar de un latín "popular", para los demás países romanizados habría que hablar más bien de una latín "administrativo", más culto que el de Italia, el latín de los funcionarios y de los militares. Quizás esta distinción no haya de ser tan neta como quisiera Mohl, pero, indudablemente, existe y probablemente dé razón, por lo menos en parte, de la notable diversidad de los dialectos italianos, con respecto a las demás lenguas romances que, en general, aparecen más homogéneas. Pero también se

podría hacer la distinción desde otro punto de vista, quizás no menos importante, es decir, observando que, mientras Italia fue romanizada por romanos y latinos, las demás provincias fueron romanizadas en buena parte por itálicos romanizados.

3) Las diferencias cronológicas entre las varias colonizaciones. En efecto, a pesar de que en la época imperial se llegó indudablemente a cierta unificación lingüística de la Romania (lo cual consiente, o, por lo menos, justifica la ya vista identificación del latín hablado de esa época con el "latín vulgar" considerado como base de las lenguas romances), hay que tener en cuenta que el primer latín que se difundió en las varias provincias conquistadas no fue el mismo en todas y cada una de ellas. En las primeras zonas conquistadas se difundió un latín todavía prelitterario, que aún no había alcanzado la unidad y era, culturalmente, más popular: así, por ej., en Cerdeña. En otras provincias se difundió un latín más unificado y más "culturalizado", como en Galia y en Iberia; y en otras, finalmente, un latín que se estaba nuevamente diferenciando: así en Dacia. Podría pensarse que en los últimos años de la República y los primeros años del Imperio el latín administrativo y militar no debiera ser mucho más diferenciado que el inglés que se difundió en los Estados Unidos y en el Imperio Británico, quizás menos que el español que se difundió en América. Pero la romanización no se hizo sólo en esa época de relativa unidad lingüística sino que abarca casi siete siglos: desde el 272 a.C. (conquista de Italia meridional) hasta el siglo IV d.C. (completa romanización de África), siempre excluyendo Grecia y el Oriente, que nunca fueron romanizados. Encuentran aquí terreno de aplicación las conocidas normas areales de Bartoli, en particular la norma del área aislada y la norma del área senior. Así, por ej., en armonía con la norma del área aislada, encontramos en Cerdeña, zona conquistada en época muy antigua, formas arcaicas que se han conservado hasta la actualidad, mientras han desaparecido en otras zonas. La misma norma puede aplicarse también a Dacia, otra área aislada, pero, naturalmente, los fenómenos de conservación que comprobamos en el rumano no serán tan arcaicos como los de Cerdeña, porque Dacia fue colonizada mucho más tarde. A Dacia se puede aplicar también la